

Año de la Fe:

# Fortalecidos para avanzar en medio de la adversidad

■ Diác. Christof Hemberger



Siempre que escucho a otros dar testimonio de lo que Dios ha hecho en sus vidas, de cómo el Espíritu Santo ha cambiado sus vidas, me lleno de alegría y gratitud. Esos testimonios edifican. Alientan y fortalecen nuestra fe. Es emocionante escuchar y experimentar cómo Dios bendice a las personas en su camino con Él, cómo han encontrado una nueva orientación para sus vidas, y cómo han aprendido a vivir y servir como discípulos de Jesús.

He notado que me siento especialmente atraído por los testimonios que narran cómo otros —con la ayuda de Dios— han sobrepasado momentos difíciles. Lo que siempre ha captado mi atención no es que tuvieran que pasar por momentos difíciles, sino más bien cómo han soportado esos momentos; cómo lidiaron con sus interrogantes y sentimientos, cómo se ha desarrollado su fe y cómo han experimentado y sentido a Dios durante ese tiempo.

Estos relatos me dicen algo no solo por su contenido emocional (el hermano tal ha experimentado a Dios en su vida: ¡aleluya!), sino principalmente por su contenido pedagógico: me enseñan algo concreto. Puedo aprender del ejemplo de otros al ver cómo han lidiado con sus dudas y problemas durante esos momentos difíciles. Se trata de situaciones a las que yo quizá en algún momento me tenga que enfrentar.

Un sabio dijo una vez: «Los cristianos no son personas que no tienen problemas. Los cristianos, en cambio, son personas que saben a quién recurrir con sus problemas». Esta afirmación encierra una gran verdad. Para ser sincero, mi impresión es (especialmente en

el mundo occidental, donde yo vivo) que nosotros los cristianos a menudo vivimos y actuamos como si no tuviéramos problemas. Es más fácil para nosotros fingir que todo está bien que admitir que algo en nuestras vidas no va tan bien como debería. ¿Ser cristiano significa no tener problemas? La realidad es diferente. No somos perfectos. No logramos hacer todo

como quisiéramos o deberíamos. Somos pecadores. Día a día, nos enfrentamos a retos que una persona corriente no puede manejar por sí sola.



Los desafíos a los que nos enfrentamos difieren de una persona a otra. Adversidades de la vida, ataques espirituales, tentaciones materiales, debilidades personales y áreas de nuestras vidas donde somos especialmente proclives al pecado... esos desafíos atacan nuestra fe y la desgastan.

Algunos de estos desafíos de nuestra fe vienen desde dentro de nosotros mismos o proceden del pecado original. Sin embargo, no todo se origina allí. El hecho de que vivimos en un mundo perdido (ya redimido, ¡pero aún no transformado!) juega un papel importante.

Muchas cosas vienen a través de las personas que nos rodean y a través de la sociedad en que vivimos. Esta influencia no puede ser subestimada: sucede con tal facilidad que nos adaptamos a ella sin siquiera darnos cuenta. Por ejemplo, un peligro es cuando se vuelven «normales» las cosas que todo el mundo hace, y comenzamos a acomodarnos al «resto del mundo» en esta o aquella área.

¿Ha bebido usted alguna vez agua tibia? Yo diría que no sabe muy bien. Prefiero mucho más una taza caliente de té en invierno o un vaso de agua fría en verano. Las bebidas tibias tienen un sabor soso.

¿Y adivina por qué pongo este ejemplo? Correcto: la Biblia nos da una exhortación drástica. En Apocalipsis 3,15, san Juan nos dice: «No eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente!».

Cuando nos acomodamos, cuando dejamos atrás nuestro primer amor, cuando caemos en el desaliento, perdemos el brillo de la vida, nos volvemos negligentes e insípidos. Perdemos la energía y el entusiasmo que sentíamos al principio.

Los autores del Nuevo Testamento nos animan a seguir a Jesús firme y valientemente. Su mensaje y su promesa son singulares: ¡No obren como «las

### EN ESTA EDICIÓN

Año de la Fe:

**Fortalecidos para avanzar en medio de la adversidad**

Diác. Christof Hemberger

Liderazgo:

**La soledad del servidor**

Ann Breton

Preguntas a la Comisión Doctrinal de ICCRS:

**¿Una persona no bautizada puede recibir el bautismo en el Espíritu Santo?**



**Los cristianos no son personas que no tienen problemas. Los cristianos, en cambio, son personas que saben a quién recurrir con sus problemas.**



*personas del mundo!» No se acomoden. Comprométanse totalmente. Confíen en el Señor de todo corazón. Busquen su voluntad y vívanla con coherencia: ¡entonces tendrán vida en abundancia!*

Jesús nos invita, tanto a sus discípulos en tiempos del Nuevo Testamento como a nosotros hoy, a tomarlo como ejemplo y a proclamar y vivir su mensaje con el valor con que él lo hizo. Él ha demostrado esto de manera tangible. Lo que proclamó es lo que puso en práctica en su propia vida.

Me gustaría utilizar este artículo enmarcado en el Año de la Fe para hablar sobre nuestra situación como seguidores de Cristo. No importa lo frío que sea el viento que nos sopla en la cara, no nos reclusamos en las comodidades de nuestros acogedores hogares. Por el contrario, ¡encaremos este viento con valentía! Vivir día a día como cristiano no es siempre como un paseo en un domingo soleado. En estos días, sopla un viento frío en la cara de la Iglesia (y así también en la de la Renovación Carismática Católica) en muchas partes del mundo. En algunas regiones, las leyes impiden a los cristianos poder practicar libremente su religión. En el mundo occidental, las virtudes y convicciones cristianas ya no son consideradas importantes, y grandes sectores de la sociedad las rechazan. Las personas que se supone que son más próximas a nosotros pueden mostrarnos rechazo y falta de comprensión. Todo esto es desagradable y no siempre fácil de soportar. Lo que importa es que a causa de estas adversidades, nos aferramos con fuerza al que es nuestro gran primer amor (ver Ap 2,4).

Una y otra vez, he experimentado que Jesucristo aprovechó precisamente aquellas situaciones que encontré difíciles. Me desafió a confiar en él más plenamente, a depender de él completamente, y a entregarme absolutamente. Es fácil decir: «iré contigo donde sea», si el camino es recto, llano y amplio. Si el camino se vuelve abrupto, accidentado y agotador, entonces es una cosa muy distinta.

El camino del pueblo de Israel por el desierto, muchas biografías de personajes bíblicos y de santos en la historia de la Iglesia, así como algunas experiencias importantes de mi propia vida han sido lecciones excelentes. ¡Me hicieron darme cuenta de que en cualquier circunstancia o situación es mucho mejor no seguir mis propios deseos sino buscar la voluntad de Dios y poner sus preceptos en práctica lo mejor que pueda!

Ser cristiano significa seguir a Cristo. Seguir significa que otro va delante y conoce el camino.

Seguir a Jesús en mi vida cotidiana también significa para mí someterme completamente a la autoridad de Dios. Esta entrega abarca todas las áreas de mi vida, incluyendo mis deseos y anhelos. «Señor, ¿qué quieres que haga?» se ha vuelto una pregunta más

importante que, «¿Qué es lo que quiero? ¿Cómo consigo lo que me merezco? ¿Dónde quedamos yo y mis necesidades?».

En segundo lugar, seguirlo significa que una y otra vez tengo que desenmascarar mi propio ego en mis decisiones y deseos para vencerlo (Jn 3,30: «Él tiene que crecer, y yo tengo que menguar»).

Y tercero, seguirlo significa aferrarme a lo que he reconocido como verdadero e importante. Cristo triunfó en algunas ocasiones a través de mí solo porque yo no me di por vencido en momentos difíciles, sino que perseveré. Para ello, las oraciones de mis hermanos en Cristo fueron tan necesarias como la buena dirección espiritual. No obstante, la determinación de superar la montaña que se erguía ante mí con el poder del Espíritu Santo, manteniendo a la vista las promesas que puedo reclamar por la victoria de Cristo, fue igual de crucial.

¿Estamos dispuestos a seguirlo incluso cuando las cosas se vuelven difíciles? ¿Estamos dispuestos a enfrentarnos a los desafíos que nuestras propias circunstancias nos traen día a día? ¿Estamos dispuestos a ponernos de parte de Jesús y de las virtudes cristianas ante los vientos fríos y adversos de la sociedad?

Ponerse del lado de Jesús puede significar a veces meterse en problemas que no se tendrían si no se hubiera abierto la boca... Pero repetimos una y otra vez: Jesús no nos prometió una vida sin problemas. Sin embargo, nos ha asegurado que podemos acudir a él con nuestros problemas.

¡No estamos solos en este camino! Dios dio el Espíritu Santo a la Iglesia para consolar, alentar e inspirar. Qué tontos seríamos si intentáramos solucionar los problemas y las dificultades de la vida con nuestras propias fuerzas, y qué grande es la seguridad de caminar en el poder del Espíritu Santo.

Su poder supera mucho más el punto donde el mío termina. Su paz puede animarme y alegrarme en el sufrimiento personal intenso. Su consuelo es un bálsamo para mi alma; su alegría y su amor me empujan a seguir mucho más allá de mis limitaciones humanas.

Les invito, especialmente durante este Año de la Fe, a ofrecer sus vidas de nuevo a la acción del Espíritu Santo. Abran las ventanas de sus vidas al viento del Espíritu que nos enseña el camino correcto y nos guía —especialmente cuando un viento frío del «mundo» nos sopla en la cara—.

Rece el *Veni Creator Spiritus* cada día para la renovación del mundo, la Iglesia, la Renovación Carismática, así como para su vida personal.

El Espíritu Santo se adueña de nuestro corazón y renueva nuestra vida. Nos llama a seguir a Jesús radicalmente y al mismo tiempo nos equipa y nos capacita para ello. 🏠

# La soledad del servidor

■ Ann Brereton



Un poema que leí recientemente resume la relación entre liderazgo y soledad. Un fragmento: «Los líderes están llamados a colocarse en ese lugar solitario entre el ya no más y el todavía no. Intencionadamente tomarán decisiones que obligarán, forjarán, moverán y crearán historia. Los líderes no están llamados a ser populares ni a estar a salvo. Somos los que estamos llamados a correr riesgos, cambiar actitudes; arriesgarnos al descontento; a jugarlos la vida por un mundo mejor» (Mary Lou Anderson).

El liderazgo involucra a otros, de modo que parece paradójico afirmar que liderazgo y soledad puedan ir a menudo de la mano. Como expresa la poetisa, los líderes se colocan en el lugar «solitario» entre el ahora y la visión de lo que está por venir. Como líderes cristianos, se nos da la visión de Dios y la convicción de «lo que pudiera ser». El papel del líder es inspirar y animar a otros a cumplir el plan de Dios. Como líderes, la gracia de Dios da valor para ponerse delante, guiando y adentrándose en lo desconocido.

Para los nuevos líderes en particular, la experiencia de la soledad puede ser sorprendente y desestabilizadora, especialmente si malinterpretan la definición de liderazgo cristiano, es decir, servicio obediente desempeñado con amor. Una tentación para los líderes es imaginarse a sí mismos como mejores que las personas a las que dirigen; ser los listos, los que tienen todas las respuestas. Muchas personas con frecuencia los aman, admiran y respetan. Tales elogios pueden darles un falso sentido de su propia importancia.

Cuando las presiones del servicio, la responsabilidad y el sufrimiento se prolongan, la soledad puede ser el resultado.

Todos los líderes se encontrarán en situaciones que necesitan oración y discernimiento antes de que puedan tomar cualquier decisión. Una vez que se ha completado este proceso, escogen un procedimiento decisivo. Considerando nuestras formas de ser tan diversas, habrá momentos en que estas decisiones generen conflictos dentro del cuerpo.

La revista *Harvard Business Review* publicó una historia de lo solitario que es ser un director ejecutivo en el mundo corporativo. Se añade a esto la dificultad en el mundo cristiano de tratar con amigos muy cercanos, nuestros hermanos de comunidad. Los amigos pueden asumir que uno estará «de su parte» cuando llega el momento de tomar decisiones. Pero cuando esto no sucede, el sistema de apoyo del líder puede empezar a tambalearse. Esos considerados alguna vez amigos son críticos. El líder se siente herido y comienza a sentirse solo y aislado. Jesús experimentó esto en el huerto de Getsemaní. Sus amigos no entendieron el camino que eligió y no le apoyaron quedándose despiertos. Más tarde, la mayoría de ellos lo abandonaron. Este patrón de incompreensión y abandono a veces se reproduce en las vidas de los líderes, causando estrés y soledad.

Examinaremos algunas áreas en las que la soledad puede manifestarse en la vida de un líder.

Los líderes pueden aislarse de Dios involuntariamente. «Trabajar para Dios» puede llegar a confundirse con «hacer el trabajo de Dios». Las dos pueden ser muy diferentes. Es fácil hacer suposiciones de lo que el Señor desea. La oración se ve excluida por el ministerio y muchas otras exigencias de la vida. La fidelidad a la oración diaria, la lectura de la Escritura, y la fraternidad cristiana son esenciales.

El aislarse de Dios puede hacer rápidamente que los líderes crean que el trabajo hecho para Dios es lo mismo que estar con él. Este peligro hará que los líderes conduzcan a las personas por su camino más que por el del Señor.

Los líderes pueden aislarse de los demás. Esta tendencia protege contra las desilusiones, la crítica y el rechazo. Es fácil pensar: «¿por qué voy a preocuparme por consultar? Es más fácil y rápido hacerlo todo yo mismo». Las acciones de los líderes repercuten en todo el grupo. Este aislamiento puede convertirse en un problema mayor, especialmente cuando conduce a una toma de decisiones mediocre, a la negatividad, la fatiga y la frustración.

A los líderes se les da regularmente información confidencial que no pueden compartir. Las personas pueden «desahogarse» y sentir alivio. El peligro es que los líderes cargan con el peso. Este peso puede ser particularmente difícil cuando la información compartida es de naturaleza escandalosa o basada en acusaciones infundadas (Prov 18,8.17; 1 Tm 5,19). Donde sea posible, establezca una relación sana con alguien que tenga o haya tenido una experiencia en el liderazgo parecida a la suya, o acuda a un director espiritual. Busque a alguien que comprenda la confidencialidad y la necesidad de un «sabio consejo». De igual modo, tenga a alguien en su vida que esté fuera de sus círculos habituales, alguien con sabiduría en quien puedan confiar. Compartir con amigos como ese puede ayudarle enormemente. Los líderes que cargan solos con este peso pueden caer en la depresión o en la ansiedad y pueden hacer actividades externas o dirigirse a otras personas en busca de consuelo.

Pida fervientemente la virtud de la humildad. La Escritura deja muy claro que «la soberbia precede a la ruina; el orgullo, a la caída» (Prov 16,18). La soledad, el aislamiento y el miedo oculto tras la fachada del orgullo, pueden engañar a nuestros corazones y hacernos caer en el pecado. La soledad nos puede conducir a los brazos de «otro». Satanás sabe que instigar un escándalo sexual con un líder cristiano tiene efectos devastadores. Las aventuras ilícitas, el mal comportamiento sexual y la pornografía son una realidad en el mundo cristiano en el que vivimos hoy. Tal escándalo tiene la capacidad de debilitar la fe de los creyentes así como dar a los no creyentes una razón para rechazar el cristianismo. Debemos guardar nuestros corazones de estas tentaciones. Hemos de buscar un buen confesor.

La comunidad de fieles puede ayudar enormemente a los líderes para evitar la soledad. Una comunidad de fe está llamada a orar por sus líderes. Los problemas que tienen, las tentaciones que sufren y el estrés que soportan nos deberían llevar a interceder por ellos pidiéndole a Dios que los proteja. Hay que aprovechar toda oportunidad para alentarlos y apoyarlos.

Líderes, recuerden que somos miembros del cuerpo. No tenemos todas las respuestas. Busquen activamente los talentos de otros. Compartir la carga es esencial para nuestro bienestar y eficacia. Programen un horario para la oración, la familia, la administración, la formación de otros y el tiempo personal. Prioricen ese horario y protéjanlo.

*Dios de nuestra vida, hay días en que las cargas que llevamos nos desuellan los hombros y nos abruman con su peso. El camino se torna sombrío e interminable, los cielos grises y amenazadores; la vida carece de música, el corazón se siente solo y el alma es presa del desaliento.*

*¡Inúndanos la senda de luz; vuelve nuestros ojos adonde los cielos son prometedores; ponnos el corazón en condiciones de escuchar música espléndida; ayúdanos a ser conscientes de la comunión de los santos y héroes de todas las épocas; avivanos el espíritu para que animemos a cuantos recorren con nosotros el camino de la vida hacia Tu honor y Tu gloria.*

(San Agustín).



## PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a [newsletter@iccrs.org](mailto:newsletter@iccrs.org)

## ¿Una persona no bautizada puede recibir el bautismo en el Espíritu Santo?

Esta pregunta ha surgido en muchos países en los que el seminario de vida en el Espíritu no es solo un medio de despertar espiritual para católicos bautizados sino también un medio de evangelización para personas que nunca han sido bautizadas. Para responder a esta pregunta, deberíamos mirar lo que nos dicen las Escrituras y la Tradición sobre el Espíritu Santo en relación con los sacramentos de iniciación.

*Hechos 2* nos cuenta cómo la promesa de Jesús a sus discípulos —«serán bautizados con Espíritu Santo» (Hch 1,5)— se cumplió en Pentecostés. Cuando se reunió una multitud, Pedro proclamó la Buena Nueva de Jesús, luego explicó cómo ellos también podían recibir el mismo don: «Conviértase y sea bautizado cada uno de ustedes en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de sus pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo» (Hch 2,38). Esta importante declaración establece un vínculo entre el bautismo sacramental y el bautismo en el Espíritu Santo. El Espíritu Santo, el don supremo de Dios, se recibe no simplemente a través de la oración individual sino al ser incorporado a la Iglesia mediante el bautismo.

El mismo vínculo reaparece en la historia de los neófitos en Samaría. Aquí se encuentra el elemento adicional de la imposición de manos de los apóstoles (Hch 8,12-17), que la Iglesia reconoce como el origen del sacramento de la confirmación (CIC 1288). En Éfeso también, el Espíritu Santo, con sus manifestaciones carismáticas, fue dado a través del bautismo y la imposición de manos (Hch 19, 5-6). Otros pasajes del Nuevo Testamento, asimismo, confirman que el bautismo es el medio por el cual se imparte el don del Espíritu Santo (ver Jn 3,5; 1 Co 6,11; 12,13; Tit 3,5).

Hay un caso, la conversión de Cornelio y su familia, cuando el Espíritu Santo se derramó antes del bautismo (Hch 10,44-48). Sin embargo, Lucas deja claro que esto fue un acontecimiento singular, un momento crucial en la historia de la salvación. En este caso, Dios actuó soberanamente para demostrar sin duda alguna que ofrecía la salvación en Cristo a los gentiles así como a los judíos. Pedro no oró para que los nuevos creyentes fueran llenos del Espíritu Santo, Dios simplemente lo hizo, incluso antes de que Pedro terminara de hablar. Es significativo que aunque Cornelio y sus amigos obviamente habían sido bautizados en el Espíritu, Pedro consideró que era esencial que también fueran bautizados sacramentalmente (Hch 10,48).

El caso de Cornelio nos recuerda que Dios es libre para derramar su Espíritu Santo cómo y cuando quiera. Esto no significa que el pueblo de Dios sea libre de actuar fuera de los canales de gracia ordinarios que él ha establecido: los sacramentos. En el bautismo somos liberados completamente del pecado, reconciliados con Dios, y renacemos como hijos de Dios (CIC 1262-70), y solo de esta manera el propio Espíritu de Dios puede venir a morar en nosotros.

La Iglesia primitiva daba por hecho el vínculo entre los sacramentos de iniciación y la efusión del Espíritu Santo. Cuando los

nuevos creyentes eran bautizados y ungidos, experimentaban quedar llenos del Espíritu Santo, recibir el poder que transforma la vida, una alegría desbordante y la manifestación de los carismas. El don del Espíritu Santo no era simplemente una doctrina en la que creer sino un hecho vivencial.

En siglos posteriores, se hizo cada vez más común para las personas recibir los sacramentos de iniciación sin una experiencia subjetiva de ser bautizados en el Espíritu. Hoy en día, cuando las personas reciben el bautismo en el Espíritu más tarde en sus vidas, el don de Dios que habían recibido en el bautismo y la confirmación se despierta y se reaviva en ellos.

Así, es esencial para la Renovación Carismática mantener la conexión entre el bautismo en el Espíritu y los sacramentos de iniciación. Jesús estableció su Iglesia como el medio ordinario por el que él nos da su propia vida divina. La vida en el Espíritu es imposible separada de la vida en el cuerpo de Cristo, en la que entramos por medio de los sacramentos.

¿Qué deberíamos hacer entonces con las personas no bautizadas que vienen a un seminario de vida en el Espíritu? Deberíamos recibir las y acogerlas, y desde el principio deberíamos explicarles que la esperanza es que nazcan a una nueva vida a través del bautismo sacramental y se hagan discípulos de Aquel que bautiza en el Espíritu Santo, Jesucristo. No deberíamos orar para que reciban el bautismo en el Espíritu, pues les daría la impresión errónea de que el Espíritu Santo es dado independientemente de la incorporación a Cristo y a su Iglesia.

Esto no significa que no se pueda orar por ellos en lo absoluto. Se puede pedir para que el Espíritu Santo los ilumine, bendiga, guíe, sane y los conduzca más rápidamente al camino de la plenitud de la vida en Cristo. El equipo del seminario debería tener también un plan para llevar a esas personas a un buen programa de iniciación cristiana para adultos lo antes posible, después de que termine el seminario.

He aquí un ejemplo de una oración preciosa que el ministerio de oración puede rezar para las personas no bautizadas (basada en Ef 1,18-19; 3,19-21):

*Padre, te pedimos por [nombre]. Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, te rogamos que le concedas a [nombre] un espíritu de sabiduría y revelación para que llegue verdaderamente a conocer a JESÚS. Abre su corazón para que comprenda la esperanza a la que hemos sido llamados, las riquezas de tu gloriosa herencia en los santos, y la inconmensurable grandeza de tu poder en nosotros los que creemos. Que [nombre] experimente el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento y se sumerja plenitud del Señor. Padre, cuyo poder operante en [nombre] puede hacer mucho más que todo lo que [nombre] pueda pedir o pensar, a ti sea la gloria, en la Iglesia y en Jesucristo, por los siglos de los siglos. Amén. 🕯️*